

**BARTOLOME DE LAS CASAS**  
**EVANGELIZADOR DE LA POLITICA**

Jorge Hourton

Con motivo del quinientos aniversario del primer viaje de Cristóbal Colón y de su desembarco en las islas del Caribe, la Iglesia, el estado español y las naciones latinoamericanas involucradas, convocan y proyectan celebrar este importante acontecimiento - histórico con nutridos y variados programas. Congresos, publicaciones, jornadas de estudio e investigaciones históricas, religiosas, políticas y culturales, etc.

La Iglesia Católica en su más alta instancia ha suscitado el tema de una "nueva evangelización", que viene a añadirse a una inquietud ya antes expresada por el Papa Paulo VI, a la que Juan Pablo II ha hecho un eco amplificado: la "evangelización de la Cultura".

### **Cruz y Espada**

El solo planteo del tema de la "conquista y colonización" de América Latina presenta aristas conflictivas entre las diferentes tradiciones ideológicas del continente. Es posible que hoy estas aristas sean distintas a las que se daban en el siglo pasado, pero se teme sin embargo

el peso y la persistencia de una llamada "leyenda negra". Antes se daban polémicas apasionadas entre los no-creyentes y la intelectualidad católica, entre los liberales y los conservadores, entre los indigenistas y los hispanistas. Ahora no es raro que al interior de la misma teología católica y ecuménica, reaparezcan las discusiones del siglo XVI y surjan posiciones muy críticas y denunciadoras de los estilos que revistió esta conquista y esta evangelización, haciendo eco a las voces débiles que entonces se levantaron en favor de los indígenas, con resultados que se hubieran deseado mayores. Todo lo referente al que ahora se rehusa calificar de "descubrimiento" (hablándose más bien de un "encubrimiento"), al pretendido derecho de conquista y ocupación, a la legitimidad - de la guerra (la "vía armada"), al trato cruel que se dio a los indígenas cuando no se exterminaban, a la organización económico-social de las encomiendas que explotaban la fuerza de trabajo, a la práctica corriente y legalizada de la esclavitud, etc. En suma, a la alianza entre la Cruz y la Espada, característica del régimen de cristiandad.

No es nuestro ánimo entrar en esta discusión, que se prolongará probablemente tanto cuanto es su complejidad. Parece que, al fin de cuentas, esa "leyenda negra" no es ni tan leyenda ni tan negra. Podría yuxtaponerse a ella - con sólidas bases- una realidad más blanca, es decir, presentar hechos y personajes históricos que no fueron "negros" ni grises, sino auténticos evangelizadores a la altura del desafío de los problemas. El que sus logros, en aquel entonces, hayan sido precarios y efímeros - ¿y cómo evaluarlos exactamente? - no les quita el interés y el valor paradigmático, por los cuales su recuerdo quinientos años después resulta altamente aleccionador.

Una de estas grandes figuras de la primera evangelización es ciertamente el fraile dominico, y luego por un corto tiempo Obispo de Chiapas, Bartolomé De las Casas (1474-1566).

Figura bastante discutida, pero que hoy parece emerger de un injusto semiolvido. Ya en su tiempo -suscitó reacciones airadas en quienes tenían interés en desacreditar sus posiciones y más tarde despectivamente criticado por quienes lo acusaron de desprestigiar a las hispanidad (Menéndez Pidal). Se comprende bien esta animosidad en los encomenderos y en los aprovechadores de la explotación de los indígenas. Se comprende menos en gente de Iglesia, teólogos y obispos, que -adoptaron posiciones escolásticas justificativas del dominio, la prepotencia, la esclavitud y la crueldad. Ante el Consejo de Indias y ante las sucesivas instancias monárquicas de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, los informes, las acusaciones, las defensas, las quejas, las explicaciones y las desobedencias, iban y venían profundamente. En las universidades y en las escuelas teológicas, los doctores y maestros, dominicos, franciscanos y seculares-como en la Edad Media- discutían apasionadamente, defendiendo sus posiciones con polémicas panfletos, cartas y querellas. Esa fué la vida política-de ese siglo. La teología, las sagradas escrituras, los documentos jurídicos, los filósofos y letrados, estaban todos en plena confrontación política. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo?

Esta primera comprobación nos parece que comienza ya a colorear la mentada "leyenda negra". El sólo hecho de que no se diera un consenso amplio y general para justificar la conquista y la colonización de un modo atrabiliario y despótico, nos sitúa en un terreno que por experiencia no tenemos dificultad de comprender. Todo éso se discutió mucho. Tanto en las esferas civiles como las eclesiásticas, entonces tan interpenetradas. Tampoco la monarquía actuó como una fuerza tiránica que dirigiera autoritariamente la operación conquista y el reparto de un botín. Con frecuencia los reyes se comportaron como fuerza moderadora, atenta a todas las doctrinas e intereses - los suyos entre otros -, con relativa fuerza coercitiva y autoridad muy prestigiada pero mucho menos obedecida. Antes de las teorías

contrarias a los absolutismos se afirmó una práctica que repartió cuotas de poder y de responsabilidad en "mandos medios", que se apoyaron en la complejidad de las situaciones, y ésto tanto en las instancias civiles y militares del Reyno, cuanto en las de la Iglesia. Cierta espíritu liberal fué imponiéndose así, antecedente de los Cabildos y futuras Juntas.

Entre quienes mejor relativizan la "leyenda negra" están, pues, en la praxis lícita, justa y a veces heroica, los evangelizadores de la política. A cuatro siglos de distancia, Bartolomé De las Casas ejerce todavía hoy una influencia ejemplarizadora, tal vez ahora mayor que la que logró en su tiempo. En todo caso nos señala una muestra saludable de las verdaderas proyecciones de las actitudes inspiradas en el Evangelio: las auténticas se extienden en los espacios ampliados y perduran en el tiempo.

### **Evangelizar la política**

¿Cómo intentó evangelizar la política de su tiempo el Fraile y Obispo Bartolomé?

Ante todo por un profundo y radical sentido de lo auténticamente cristiano y evangélico en materia política. Su ética política se inspira al mismo tiempo de la savia evangélica del amor al prójimo hasta el sacrificio de sí mismo por una parte y del respeto al derecho natural que sostiene la dignidad del hombre y de todo hombre. A esa exigencia ética intransable supeditó todas las otras conveniencias personales, económicas y políticas. Su pastoral "política" - que le suscita conflictos muy fuertes con los de su misma madre patria, Iglesia y fe - es una decidida opción en favor de los pobres y débiles, es decir de los indígenas que los blancos y evangelizadores encuentran en el camino del oro, la plata, las tierras y la conquista.

Someter a los indígenas por la violencia es para él tan criminal como cuando lo hacen los turcos con

los cristianos. .

Desconocer el derecho natural de los indígenas a su soberanía, cultura y organización social es un injusto atropello.

Imponerles la esclavitud de las encomiendas es violar su legítimo derecho a la libertad personal y colectiva.

Expropiarles sus tierras, aún con el pretexto de la graciosa concesión pontificia que delimita zonas de influencias entre los católicos monarcas, es simplemente una usurpación.

Propinarles malos tratos y castigos crueles, sobretodo de corregir sus idolatrías o sus delitos, es una injusta prepotencia orgullosa (además de una dominación de ética de la propiedad individualista sobre la de la comunitaria).

Imponerles la fe y el bautismo para combatir sus religiones naturales, so pretexto de idolatrías y de prácticas cultuales inhumanas (que pudieron ser efectivas) es un abuso de poder que contraviene el camino de la libertad y la mansedumbre cristiana.

Las Casas percibió muy pronto - incluso por experiencia personal en sus primeros tiempos en América como encomendero - el fatal poder corruptor originado por la codicia de riquezas abundantes y fáciles. Aquí también encontramos una dimensión esencial de su evangelización. "No se puede servir a dos señores: no podéis servir a Dios y al dinero". Las Casas no admitió jugar con la interpretación de esta drástica palabra. No la relativizó ni quitó su agudo filo a esta sentencia evangélica. Comprendió que las tierras, el oro y la plata, los esclavos y su comercio, eran los factores de codicia, las oportunidades de enriquecerse, las grandes tentaciones que terminaban por echar por la borda todo sentido humano y cristiano junto a todo auténtico apostolado. Mantuvo un constante y porfiado NO durante largos años, contra viento y marea, perdiendo amigos y protectores, sufriendo

ataques y calumnias, reducido a la soledad conventual como Obispo dimisionario que se siente responsable de una imprescindible misión que no puede soslayar.

Para cumplir lo que comprendió que era su exigente misión. Las Casas había dado varios pasos sucesivos: primero se hizo clérigo, pensando que en esa dignidad tendría las mejores chances para iniciar llevar adelante una nueva política humanista y liberadora. Era de los acompañantes del clan de los Colón y estando todavía en los comienzos de ese tan gran "descubrimiento", con un entusiasmo todavía juvenil y una conversión sincera, se alistó en esa causa, dispuesto a ir hasta donde fuese necesario.

Más tarde percibió que en la Iglesia quienes mejor enfocaban esta causa, teológica y políticamente, eran los religiosos dominicos, pues a diferencia del antiguo "agustinismo político" que favorecía el régimen de "cristiandad" y el recurso al brazo secular, Tomás de Aquino había seguido al pagano Aristóteles en la fundamentación de la sociabilidad natural como origen de las comunidades humanas para subvenir a sus necesidades. Y entonces Las Casas ingresó a la Orden de Predicadores. Allí conoció y compartió las orientaciones de los grandes teólogos y misioneros: fray Domingo Soto, fray Pedro de Córdoba, fray Antonio Montesinos y el célebre jurista fray Francisco de Vitoria.

En sus andanzas en el nuevo mundo y sus varios retornos a España, Las Casas jugó un papel activo en su afán de convencer a todos del imperativo ético de corregir las prácticas de la conquista y el trato a los indígenas. Fué bien recibido por Fernando el Católico, luego por el regente Cardenal Cisneros, enseguida por Carlos V, por el Consejo de Indias y por Felipe II. Esta acción ante los grandes fué acompañada también por un constante trabajo intelectual, creativo y documentado. Redactó una multitud de informes, presentaciones, historias, tratados teológico jurídicos y abundantes cartas.

En 1544, habiéndose primero resistido mucho (temiendo tal vez que debería transar sus cada vez más firmes convicciones liberadoras), debió aceptar el Obispado de Chiapas, habiendo rehusado algún tiempo antes el del Cuzco. Fué un episcopado efímero de sólo tres años. La expedición misionera que intentó llevar a cabo, inspirada en sus criterios evangélicos, fué enervada por su misma gente y terminó fracasando. Los encomenderos, los militares, los gobernantes y hasta sus mismos hermanos obispos terminaron por sustituir los criterios evangélicos por los de la conveniencia económica, social y política-también por la carrera funcionaria episcopal-. Pronto vió que la dignidad episcopal no siempre suscita consideración ni garantiza el respeto y la adhesión de sus ovejas. No tardó en renunciar a sus diócesis para seguir por otros caminos su misión de evangelizar la política humanizando la colonización, denunciando las violaciones de los derechos naturales y estimulando la búsqueda de medios más auténticos para intentar la cristianización de pueblos que tenían ya cierto grado de cultura y religiosidad.

En 1547 volvía a España a tratar de informar a Felipe II. Tuvo una cordial y respetuosa acogida en la Corte, pero no tardó en encontrar oposición en el Real Consejo de Indias y en un humanista muy escuchado en la corte, Juan Ginés de Sepúlveda, el cual sostenía la legitimidad de todo lo obrado por España y los conquistadores, justificaba la esclavitud y las encomiendas y reprochaba a Las Casas el negar el valor de la bula de Alejandro VI que otorgaba derechos a la monarquía española sobre las tierras descubiertas y por descubrirse a cambio de enviar allí personal calificado para civilizar y cristianizar a los naturales.

### **Artífice de nueva evangelización**

Las Casas comprendió antes que muchos otros la frágil legitimidad y la débil probabilidad de éxito de este

encargo pontificio. Vinculada a la teoría del poder indirecto del papado en lo temporal, resultaba difícil conciliarla con el derecho de los paganos a regirse por la ley natural y a instituir por sí mismos formas adecuadas de sociabilidad, legislación y autoridad.

Es asombroso encontrar en Las Casas, así como en los grandes teólogos juristas del siglo XVI, Suárez y Vitoria entre los principales, los gérmenes de la secularización política moderna. Soberanía del pueblo, autoridad legitimada por el consenso popular, legislación controlada por una ética humanista y orientada hacia el bien común: todos estos elementos que serán redescubiertos por los enciclopedistas y los filósofos de la Ilustración, tienen sus semillas en la teología política y pastoral católica de los albores de la modernidad.

Las Casas, tenaz artífice de una "nueva evangelización" no llegó a celebrar muchos triunfos. A pesar de su longevidad - murió en 1566 de 92 años - siempre lúcido y activo, gracias a su abundante producción intelectual, no construyó sólo para éxitos inmediatos. Ciertamente ahora, a los 500 años del comienzo de esta primera evangelización, en los albores del tercer milenio, merece figurar en la historia de América Latina, como un fabuloso y legendario "protector de indios" y evangelizador de la política imperialista moderna. Su ejemplo puede valer también para inspirar una "nueva evangelización", cuando se tiene la sensación que la antigua no ha dado frutos suficientes. Al menos, si es cierto que perduran situaciones de imperialismo internacional del dinero, de violencia institucionalizada y de rostros sufrientes de Cristo que claman por una liberación que no saben de dónde pueda venirles, tenemos razón de mirar hacia Bartolomé de Las Casas en demanda de un estímulo para continuar la senda que él inició.

(De la revista **PASTORAL POPULAR**, Chile, Nº196, Enero-Febrero 1990, Págs. 32-34).